

hombres, la cual debía juntarse al jefe del ejército catalán, general Campoverde. Éste á la cabeza de quince mil hombres se mantenía en el campo, con la esperanza de sorprender nuestros convoyes ó de arrojarlos sobre nuestras trincheras por un movimiento concertado con la guarnición y la escuadra.

El general Harispe, situado con dos divisiones, una francesa y otra italiana, hacia el camino de Barcelona, estaba á la mira de los ataques que podían venir por este lado. Apostado el general Habert con una división francesa á las orillas del Francolí, guardaba el camino de Tortosa, por el cual nos llegaban nuestros convoyes de artillería, y el de Reus, por el cual nos llegaban nuestros convoyes de víveres. El resto de las tropas se empleaba en los trabajos de sitio. Se hallaban, pues, tomadas las precauciones todas contra los ataques interiores y exteriores, y el general Suchet contaba con el valor de sus soldados para resistir á un tiempo mismo al enemigo de dentro y al de fuera. Pero nuestros puestos escalonados en el camino de nuestros convoyes tenían que sostener cotidianamente choques encarnizados contra los destacamentos de Campoverde, y éste se vanagloriaba de haber recibido refuerzos numerosos y de estar en vísperas de recibirlos todavía de mayor monta. A riesgo de debilitar su línea de defensa hacia el lado de los insurgentes de Teruel y de Calatayud, mandados por Villacampa, resolvió el general Suchet que se le incorporase el general Abbé con una brigada. Dependiendo la suerte de la comarca del sitio de Tarragona, menester era que á este objeto esencial se sacrificase todo.

Excitado por semejantes razones y auxiliado por la ilimitada adhesión de sus tropas, no perdía el general Suchet día ni hora. De la primera paralela se había pasado á la segunda, disponiéndose una serie de baterías que, abarcando en su vasto circuito los bastiones de los Canónigos y de San Carlos, debían abrir brecha en el uno y en el otro, y hasta en el Fuerte Real asimismo. Por un asalto simultáneo y enérgico deseaba el general apoderarse de la ciudad baja y todas sus defensas. Después de este esfuerzo supremo se lisonjeara de haber llevado punto menos que á remate la conquista de Tarragona.

Cuarenta y cuatro piezas de sitio puestas en batería sustentaban el fuego mientras se proseguían los trabajos de las paralelas, y hallaban á la verdad una respuesta enérgica en la artillería de la plaza, que por esta parte era lo menos doble que la nuestra. Así nuestros espolones eran destruídos de continuo, y se veía á nuestros denodados artilleros, impasibles en medio de la destrucción de las baterías, volver á levantar las obras y á menudo disparar á cuerpo descubierto con una sangre fría y una puntería admirables. La infantería dedicaba á auxiliarles un celo digno de su adhesión.

Ya el 18 se terminó la tercera paralela: se bajó por una galería subterránea á los fosos de los bastiones, se echó abajo la contraescarpa, se perfeccionaron de seguida los desemboques, por los cuales las columnas de asalto debían desparramarse en los fosos y lanzarse á las brechas. Y hasta se procuró, con el auxilio de nuevas baterías, ensanchar las brechas y suavizar su pendiente.

En la mañana del 20 de junio, á la hora en que mostraban alborozo los defensores de Badajoz á causa de

haberles salvado los dos mariscales reunidos, se preparaba una escena espantable debajo de los muros de Tarragona. A una señal dada comenzaron sus disparos todas las baterías tanto antiguas como modernas, y la plaza respondió con un fuego de los más vigorosos. No agita el aire la más ruda batalla con ruido tan terrible como el que á la sazón resuena delante de una plaza sitiada. Nuestra batería principal fué derruída por la explosión de su almacén de pólvora. Casi quedó sepultado el coronel Recci bajo la tierra; mas prontamente desembarazado, hizo reconstruir la batería y volver á empezar el fuego. Impaciente la infantería por correr al asalto, aguijoneaba con sus gritos á la artillería, que procuraba satisfacer sus deseos duplicando su actividad y sus sacrificios.

Se juzgaron practicables las tres brechas, una en el bastión de los Canónigos, otra en el bastión de San Carlos y la última en el Fuerte Real, por encima de ellos. Decididos estaban el general Suchet y los oficiales que le auxiliaban con sus consejos á arriesgar en un asalto general la suerte del sitio, y á sucumbir ó á señorear la ciudad baja, que, una vez tomada, aseguraría la conquista de la ciudad alta. Dió el general Suchet el mando del asalto al general Palombini, de servicio de trinchera este día, y puso á sus órdenes mil quinientos granaderos y cazadores, con zapadores provistos de escalas. Ya para servir de reserva, ya para resistir alguna salida de la plaza, se mantenía el general Montmarie algo á la izquierda con el 5.º de ligeros y el 116 de línea. Todavía más á la izquierda, dos batallones del 7.º de línea apoyaban á este jefe. Convenido estaba que el Olivo lanzaría una masa de proyectiles sobre las dos ciudades, y que por el otro lado las amenazaría el general Harispe con su división toda. Por su parte los españoles habían colocado en la ciudad baja al general Sarsfield con sus mejores soldados. Al punto de furor á que se había llegado de un lado y otro, se había renunciado á la costumbre de hacer las intimaciones antes de dar el asalto.

A las siete de la tarde, resplandeciente aún de luz el cielo, tres columnas se arrojan á la vez sobre las tres brechas. La primera, compuesta de hombres escogidos de los regimientos 116, 117 y del 121 de línea, á las órdenes del coronel de ingenieros Bouvier, se dirige hacia la brecha del bastión de los Canónigos y trata de tomarla á pesar de los españoles, que le oponen, ora sus fuegos á boca de jarro, ora sus bayonetas. Después de una lucha de las más vivas, llega á lo alto de la brecha, rechaza á los españoles, y es á su vez repelida; pero vuelve á la carga y se sostiene lidiando con encarnizamiento. Unos cien granaderos, lanzados contra una luneta situada á la derecha, se hacen dueños de esta obra, y de seguida corren el bastión de los Canónigos para sostener á la tropa del coronel Bouvier. Entretanto otra columna, á las órdenes del comandante polaco Fondzelski, compuesta de hombres escogidos del 1.º y 5.º de ligeros, y del 42 de línea, después de haberse precipitado sobre el bastión de San Carlos, encuentra allí una tenaz resistencia. Pero apoyada por una tercera columna, que manda el coronel Bourgeois, se sostiene sobre la brecha y acaba por señorearla. Entonces el comandante Fondzelski persigue á los españoles á través de la ciudad baja; toma las cortaduras de las calles y se bate

de casa en casa, mientras el coronel Bourgeois, que le sigue, echa por la izquierda y va á alargar la mano al coronel Bouvier y á ayudarle á conquistar el bastión de los Canónigos. Gracias á este socorro, queda al fin el bastión ganado, y se lanzan sobre el Fuerte Real las dos tropas juntas. Escalan la brecha y saltan dentro; allí se defienden los españoles á la desesperada hasta no quedar uno vivo.

En esto el general Sarsfield, llegado á la cabeza de una reserva, se precipita con furor sobre la columna de Fondzelski, que había ya invadido la mitad de la ciudad baja. Esta columna, conforme á las instrucciones que había recibido, se refugia entonces en las casas y se defiende allí con tesón mientras le llega algún socorro. Por fortuna el coronel Robert, del 117, en unión del ayudante de campo del general en jefe, Mr. de Bigny, que lleva consigo una reserva del 5.º de ligeros y del 42 y el 121 de línea, sostiene á la columna de Fondzelski, rechaza á los soldados de Sarsfield, pasa por las armas ó tira al mar á parte de ellos, y rechaza á los demás hacia las puertas de la ciudad baja. Algunos de nuestros soldados fueron allí á hacerse matar por exceso de audacia.

Comenzado el asalto á las siete, estaba concluído á las ocho. Teníamos en nuestro poder cerca de cien bocas de fuego, una inmensidad de municiones, pocos prisioneros vivos, pero muchos heridos y muertos; los bastiones de San Carlos y de los Canónigos, el Fuerte Real, toda la ciudad baja, el puerto y las baterías que lo cerraban. Sin demora se empezó á hacer fuego á la escuadra inglesa, que al instante levó anclas, saludándonos con sus disparos. Después de este rudo combate se enumeraron las pérdidas resultantes. Habíamos tenido que lidiar contra cinco mil españoles, les habíamos muerto mil trescientos hombres, y no pudimos coger prisioneros más que doscientos, heridos la mayor parte; nos dejaron quinientos hombres fuera de combate, y necesario fué quemar mil cuatrocientos cadáveres entre franceses y españoles.

Ya habíamos dado cuatro mortíferos asaltos, y no era éste el último que debía costarnos el sitio de Tarragona, ejemplo extraordinario de heroísmo en la defensa y en el ataque. Menester era llevar la obra á cabo, pues remontando segunda vez la escuadra inglesa del Mediodía al Norte las costas de Cataluña, trajo al general Campoverde un nuevo destacamento español y además un cuerpo de dos mil ingleses. Todavía quedaban en la ciudad alta lo menos doce mil hombres con una inmensa artillería, y una salida de la plaza, combinada con un ataque de fuera, podía sorprendernos á todas horas. Efectivamente, el 24 se manifestó en la guarnición una agitación grande, y asomaron corredores de caballería en dirección de Barcelona. El general en jefe situó al general Harispe, á quien fiaba de buen grado las operaciones más arduas, delante de Tarragona, y camino de Barcelona, con dos divisiones y toda la caballería. Mantúvose él entre la plaza, donde se aceleraban los trabajos de aproche, y las tropas del general Harispe, pronto á acudir al punto donde más se necesitara su ayuda, y pasó estos últimos días entre la trinchera y sus campamentos exteriores.

Abierta estaba la trinchera sobre una especie de meseta algo inclinada, que sirve de base á la ciudad alta y

se halla á nivel de los tejados de la ciudad baja. Nuestra primera y única paralela abarcaba casi todo el frente de la ciudad alta, compuesto hacia esta parte de cuatro bastiones, y tenía por objeto principal el establecimiento de las dos baterías de brecha dirigidas contra el bastión de San Pablo, el último á la izquierda. Este bastión cubría el ángulo formado por el frente Oeste, que atacábamos, y el frente Norte, contra el cual se proyectaba una escalada. Acelerábanse vivamente los trabajos con el fin de abrir pronto la brecha, pues no se esperaba que aquella guarnición exaltada, después de haber sufrido cuatro asaltos, quisiera ahorrarse el postrero, sin embargo de exponerse á ser pasada á cuchillo. Como se presentase un parlamentario nuestro fuera de las trincheras, agitando un pañuelo blanco, no recibí por respuesta más que injurias. Anunciando la relación de un desertor un ataque de fuera para el 29, el general en jefe lo dispuso todo para dar el último asalto el 28 por la noche. Se apresuró la construcción de la batería de brecha, quedando armada completamente en la noche del 27 al 28, no sin tener los soldados que arrastrar entusiastas los cañones, por la dificultad de subirlos á terreno tan escarpado. El 28 de junio, que debía ser el último día de este sitio memorable, rompióse el fuego desde la aurora con cierta ansiedad, pues era urgente hacer practicable la brecha aquel día mismo. Trescientos buenos tiradores, apostados en las partes salientes del terreno, disparaban contra las troneras del enemigo para desmontar sus cañones, y los españoles, presentándose atrevidamente sobre la brecha, disparaban á su vez contra nuestros artilleros. Nada era capaz de alterarlos: los que caían eran al punto reemplazados por otros, quienes continuaban no menos resueltamente la obra de demolición que nos debía abrir los muros de Tarragona. Finalmente, á cosa de mediodía pareció ensancharse la brecha á vista de ojo y abatirse en cierto modo bajo nuestras balas, que acumulando los escombros, hacían menos rápida la pendiente. Nuestros soldados, procedentes de todos puntos, asistían á este espectáculo con anhelo, mientras la guarnición española nos provocaba con gritos é injurias desde lo alto de los baluartes.

A eso de las cinco de la tarde quiso el general Suchet dar el asalto, para evitar un combate de noche, si, según se anunciaba, nos halláramos en la calle mayor de la Rambla, que corta transversalmente la parte alta de la ciudad de Tarragona, con barricadas y defensas. El general Habert, que tomó la ciudad de Lérida, debía mandar el asalto. Mil quinientos hombres, divididos en dos destacamentos y tomados de las compañías de preferencia de los regimientos 3.º y 5.º de ligeros, y del 14, 42, 114, 115, 116, 117 y 121 de línea, y del primer regimiento polaco del Vístula, fueron puestos bajo su mando. Otra columna casi de igual fuerza, sacada de los regimientos franceses é italianos que asistían al sitio, fué puesta á las órdenes del general Ficatier y mantenida en reserva.

A la izquierda, y sobre el frente Norte, que formaba ángulo con el frente Oeste, atacado por nosotros, debía el general Montmarie hacer lo posible por escalar, á la cabeza de los regimientos 116 y 117, la puerta del Rosario, muy próxima al bastión batido en brecha, y correspondiente á la misma extremidad de la Rambla. Termi-

nadas estas disposiciones á las cinco y media, dió la señal el general en jefe, y lanzándose la primera columna á paso de carrera, cruza cierto espacio al descubierto, toma un rodeo por evitar los árboles que crecen al pie del baluarte, y luego torna á marchar en derechura hacia la brecha y empieza á trepar á su cima por entre un fuego horroroso. Armados de fusiles, de picas, de hachas, y lanzando furiosos gritos, aguardan los más osados combatientes españoles á los asaltadores en lo alto de la brecha. Sobre este movedizo terreno, bajo el fuego de fusilería á boca de jarro, bajo las puntas de las picas y las bayonetas, caen nuestros soldados, vuelven á levantarse, combaten cuerpo á cuerpo, y ya avanzan, ya retroceden, bajo el doble impulso que por delante les rechaza y por detrás les sostiene y empuja. Un momento están á punto de ceder al furor patriótico de los españoles, cuando á una nueva señal del general en jefe, se lanza la segunda columna, guiada por el general Habert, por el coronel Pepe, por el jefe de batallón Ceroni y por todos los ayudantes de campo del general Suchet, MM. de Saint-Joseph, Rigny, d'Aramón, Mayer, Desaix, Ricard y Aubray. A ellos se había unido un sargento italiano llamado Bianchini, el cual, por recompensa de sus prodigios de valor en el ataque al fuerte del Olivo, había pedido y alcanzado el honor de ir á la cabeza en el último asalto de Tarragona. Este refuerzo comunica un vigoroso impulso á nuestra primera columna, la empuja hasta lo alto de la brecha y llega allí con ella. Después de haber recibido el bizarro Bianchini muchos tiros, cae todavía avanzando; el joven d'Aramón viene á tierra herido en un muslo; finalmente, se abren paso por entre la masa de defensores, penetran en la ciudad y se lanzan unos á la derecha, otros á la izquierda, para evitar por la ronda las calles barreadas, y especialmente la Rambla. Al punto el general en jefe hace entrar la reserva del general Ficatier para este segundo combate, que puede ser muy mortífero y muy azaroso, porque la guarnición, compuesta aún de diez ó doce mil hombres, ha resuelto defenderse hasta exhalar el último aliento. Durante este espacio, el general Montmarie avanza hacia la puerta del Rosario con los regimientos 116 y 117 de línea, toma las empalizadas del camino cubierto y se lanza al foso por entre un horrible fuego de fusilería. Quiere aplicar las escalas á la puerta, mas la halla minada y barreada. Entonces nuestros cazadores descubren una cuerda con nudos colgada de una tronera y puesta allí para la subida de los españoles; la echan mano, y trepan por ella uno tras de otro, mientras los dos regimientos que han quedado en el foso sufren el fuego de las murallas. Pero apenas han penetrado de tal modo en la plaza algunos de nuestros atrevidos cazadores, se echan los españoles sobre ellos. A punto de sucumbir se encuentran, cuando el oficial de ingenieros Vaccani, entrando en la ciudad con un destacamento de zapadores detrás de las primeras columnas, abre á hachazos la puerta del Rosario y da acceso á las tropas del general Montmarie. Éste se lanza entonces á lo interior de la ciudad alta y ataca la Rambla con las tropas de los generales Habert y Ficatier. Exasperadas nuestras tropas no oyen nada é inmolan á bayonetazos á todos aquellos á quienes dan alcance. Encarnizados contra una tropa enemiga, que huye hacia la catedral, la persiguen con dirección á este edificio, al

cual se llega por sesenta escalones (1); los suben á pesar del fuego horroroso que se les hace, penetran en el templo, y sin remisión pasan á cuchillo á los infelices que han disparado contra ellos. Sin embargo, hallando en esta catedral algunos centenares de heridos, se detienen y los perdonan. En este momento ocho mil hombres, único resto vivo de la guarnición, salidos por la puerta de Barcelona, aspiran á salvarse hacia el lado del mar. Se les empuja hacia donde está el general Harispe, que obstruyéndoles el camino, les obliga á rendir las armas; desde entonces quedan en nuestro poder así la ciudad alta como la baja, así el Francolí como el Olivo.

Tal fué este horrible asalto, quizá el más furioso que se diera nunca, al menos hasta entonces. Cubiertas estaban las brechas de cadáveres franceses, pero la ciudad se hallaba mucho más atestada de cadáveres españoles. Increíble desorden reinaba en las incendiadas calles, donde á cada rato se hacían matar algunos españoles fanatizados á trueque de tener la satisfacción de pasar á cuchillo á algunos más franceses. Cediendo nuestros soldados á un sentimiento común á todas las tropas que toman una ciudad por asalto, consideraban á Tarragona como propiedad suya y se habían esparcido por las casas, donde hacían más estrago que saqueo. Pero el general Suchet y sus oficiales corrieron tras ellos para persuadirles que aquel era un abuso extremo y bárbaro del derecho de la guerra, y no les costó gran trabajo traerlos á buenas, sobre todo luego que terminó el combate y dejó de embriagarles de furor el fuego de la fusilería. Poco á poco se restableció el orden, se apagaron las llamas, y se pudo empezar á contar los trofeos, así como las pérdidas. Se tomaron más de trescientas bocas de fuego, inmensa cantidad de fusiles, de proyectiles, de municiones de todas clases; unas veinte banderas, diez mil prisioneros y á la cabeza el mismo gobernador Contreras, á quien el general Suchet trató con las mayores contemplaciones á pesar de haber sido el último asalto un acto de desesperación inútil, que se hubiera podido ahorrar así á las tropas españolas como á las francesas. Pero es menester honrar el patriotismo, por arrebatado que sea. Fuera de los diez mil prisioneros, no perdió la guarnición menos de seis á siete mil hombres por el hierro y el fuego. Con especialidad este último asalto fué de los más mortíferos. Tampoco nuestras pérdidas dejaban de ser muy considerables, pues tuvimos no menos de cuatro mil trescientos sesenta hombres fuera de combate, de mil á mil doscientos sin vida, y de mil quinientos á mil ochocientos ya inválidos para el servicio por lo muy mutilados. Perdimos cerca de veinte oficiales de ingenieros, porque este cuerpo, admirable en Francia, había prodigado tanto el valor como la inteligencia en este memorable sitio, que duró cerca de dos meses, y durante el cual abrimos nueve brechas, operamos cuatro bajadas al foso, dimos cinco asaltos, tres de los cuales, los del Olivo, la ciudad baja y la ciudad alta, se hallaban en la categoría de los más furiosos que se han visto nunca.

Proeza era la toma de Tarragona de la más alta importancia: se quitaba á la insurrección catalana su principal apoyo, se la separaba de la insurrección valenciana,

(1) No son tantos ni con mucho; en esta parte el autor equivoca sin duda la catedral de Tarragona con la de Gerona. (N del T.)

y debía producir en toda la Península un efecto inmenso moral, de que se hubiera podido sacar gran partido si todo estuviera aprestado á la sazón para abrumar á los españoles con un gran concurso de fuerzas. Desgraciadamente nada había á punto, y con la preocupación exclusiva que llevaba el espíritu de Napoleón á otros designios, este asedio trascendental no debía producir más resultados que abrirnos las puertas de Valencia. Orden tenía el general Suchet para volar á Tarragona, pues fundadamente quería Napoleón reducir no más que á Tortosa las plazas ocupadas en esta parte de España, y si consentía conservar á Tortosa sólo era por razón de la embocadura del Ebro. Pero habiendo reconocido Suchet, de acuerdo con el general Rogniat, que limitándose á conservar la ciudad alta, se podría mantener con mil hombres, hizo volar las obras de la ciudad baja, dejó en la ciudad alta una guarnición bien provista de víveres y municiones, procuró tranquilizar y atraerse á los habitantes, depositó su parque de sitio y sus municiones en Tortosa, envió sus principales destacamentos á los puntos de donde los había sacado, con el fin de reprimir á las bandas envalentonadas durante el asedio, y con una brigada de infantería corrió detrás del marqués de Campoverde para dispersar su cuerpo antes de que se reembarcase.

A pesar de perseguirle con grande actividad no pudo alcanzarle. En Villanueva encontró unos mil heridos, procedentes del sitio de Tarragona y enviados por mar á esta plaza, formando el complemento de la guarnición de diez y ocho mil hombres, de los cuales diez mil fueron cogidos prisioneros y seis ó siete mil muertos. Después siguió las huellas del marqués de Campoverde por el camino de Barcelona. Habiéndosele sublevado al marqués los valencianos, deseosos de volver á su tierra, hubo de separarse de ellos y embarcarse en Mataró á bordo de la escuadra inglesa. Allí llegó el general Suchet en unión del general Maurice-Mathieu, que había salido de Barcelona, al punto en que se terminaba el embarque. Desde entonces se dedicó á perseguir á Campoverde y á apoderarse del célebre monasterio de Monserrat, que tomaron sus tropas después de una increíble audacia. Así prestó cuantos servicios pudo al ejército de Cataluña, siempre absorbido por el bloqueo de Figueras y por el abastecimiento periódico de Barcelona, y después volvió á Zaragoza para poner en orden los asuntos de su gobierno. Allí halló el bastón de mariscal, justo premio de sus servicios, pues si los memorables sitios de Aragón y de Cataluña, los más famosos que desde Vaubán se llevaron á cabo, se debían en gran parte á los oficiales de ingenieros y á los valerosos soldados del ejército de Aragón, también se debían en parte no pequeña á la prudencia militar del general en jefe y á la profunda habilidad de su administración.

En España tenían que ser de inacción los meses de julio y agosto, y á veces el de septiembre. Durante estos meses abrasadores eran incapaces de operar los ingleses; y aun nuestros mismos soldados, más ágiles, más habituados á las privaciones, necesitaban que se les dejase descansar algo de sus marchas continuas, y hasta los españoles sentían debilitarse en esta estación su inclinación á correr el campo, aun cuando no fuese más que para levantar la cosecha. Sin embargo, en Andalucía el mariscal Soult había dejado tantos asuntos atra-

sados de resultas de su mansión forzada en Llerena, que se vió obligado á emplear activamente estos dos meses dedicados por lo común al reposo. Dos divisiones españolas, que á las órdenes del general Blake habían concurrido á la batalla de la Albuera, se destacaron de lord Wellington para ir á inquietar á Sevilla. Pero en vez de marchar directamente á este objeto, que merecía la pena de diversión semejante, se encaminaron al condado de Niebla, hacia la embocadura del Guadiana. Seguirles hizo el mariscal Soult á una de sus divisiones, y con las demás fuerzas dirigióse á Sevilla para atender sin levantar mano á los asuntos de su gobierno. A los insurgentes de Ronda, siempre activos, hallólos ocupados en asediar la misma ciudad de Ronda, y á los de Murcia, después de haber obligado al cuarto cuerpo á encerrarse en Granada, atreviéndose á avanzar á Baeza y á Jaén, cerca de los desfiladeros de la Carolina, en una posición donde podían interceptar las comunicaciones de Andalucía con la corte. De consiguiente había que marchar á la vez sobre Ronda, Granada, Jaén y Baeza, para reprimir la audacia de estas diversas reuniones. Aprovechándose el mariscal Soult de la partida del mariscal Víctor y del general Sebastiani, suprimió la organización en cuerpos de ejército, mala dondequiera que Napoleón no se hallaba, persistió en no dejar delante de Cádiz más que unos doce mil hombres, incluso los artilleros y los marinos, llamando al destacamento enviado al condado de Niebla, y cuya presencia bastó para obligar á las dos divisiones del general Blake á reembarcarse, se dirigió con cuantas tropas pudo reunir al reino de Granada.

Hizo que el general Godinot le precediera, llevando consigo un destacamento formado por tres regimientos excelentes, el 6.º de ligeros, el 55 y 58 de línea, y además el 27 de dragones. Este destacamento debía ahuyentar á los insurgentes de Jaén y Baeza, mientras el cuerpo principal iba en derechura á Granada. Aunque numerosos, no se mantuvieron los insurgentes más que de costumbre en campo raso, y abandonaron sucesivamente á Jaén y Baeza para tornar á Murcia. El mariscal entró en Granada, juntó allí parte del cuarto cuerpo, y el 8 de agosto dejó la ciudad para continuar su movimiento. Durante este intervalo los insurgentes de Murcia se unieron á los generales Blake y Ballesteros, que á bordo de naves inglesas se habían trasladado desde las bocas del Guadiana á Almería, y tomaron una fuerte posición en la venta de Baral. Todos juntos debía ascender á veinte mil hombres. La posición escarpada y casi inaccesible que ocupaban, presentaba un obstáculo difícil de superar, y al principio perdimos algunos hombres en ataques infructuosos. Pero el general Godinot que había rechazado de Jaén á los insurgentes de Murcia, y los llevaba por delante batidos, avanzaba para salvarla, y apenas se le vió aparecer por la izquierda del mariscal Soult, se retiraron en tropel los españoles á la provincia de Murcia. Una vez en retirada, no se pararon en ningún punto, y llenaron los caminos de soldados dispersos, que la caballería del general Latour-Maubourg cogió ó acuchilló en grande copia. La pronta y entera dispersión de este cuerpo daba la seguridad, no de que no se le volvería á ver, sino de no tenerle encima durante algunos meses. Después de haber restablecido el mariscal Soult en Granada parte de las tropas

del antiguo cuarto cuerpo y enviado refuerzos á Ronda á las órdenes del general Leval, retornó á Sevilla, para ocuparse allí al cabo en lo referente al sitio de Cádiz y al material que aun faltaba para darle cima.

Todo el resto del mes de agosto se pasó en una inacción casi completa, haciendo descansar el mariscal Soult algo á sus tropas, que de ochenta mil hombres se hallaban reducidas por las fatigas y por el fuego á cuarenta mil á lo sumo, y disputando al rey José algunos destacamentos, que el ejército del centro reclamaba al de Andalucía; acampando siempre el mariscal Marmont junto al Tajo hacia la parte de Almaraz, y quejándose también de José con motivo de los forrajes de su ejército, que pretendía llevarse hasta Toledo; no cesando nunca José de lamentarse de su miseria, rogando que, á falta de la cuarta parte de las contribuciones, debida por los generales y siempre negada, le enviase Napoleón un millón más todos los meses, y alcanzando por todo consuelo que se le devolviese para jefe de estado mayor el mariscal Jourdan, su amigo; soberano el mariscal Suchet en su gobierno, no teniendo que disputar con nadie, preparando á la callada la expedición de Valencia, que Napoleón le había prescrito como consecuencia necesaria de la conquista de Tarragona; encargado especialmente el general Baraguay d'Hilliers del bloqueo de Figueras, rechazando adentro á los españoles que pretendían fugarse, obligándolos al fin á rendirse prisioneros y á expiar así la sorpresa de esta plaza fronteriza.

Durante este mes de inacción concertaba lord Wellington sus proyectos para emprender de nuevo las operaciones en septiembre, y sus proyectos no propendían menos que á la reconquista de Badajoz y Ciudad Rodrigo. Con efecto, después de haber logrado libertar á Portugal de la presencia de los franceses, nada le convenía más que tomar la plaza de Badajoz ó de Ciudad Rodrigo, y las dos si podía, pues eran las llaves de España, la una al Norte y la otra al Mediodía. Dueño de estas plazas, impedía á los franceses invadir la Beira ó el Alentejo, y le era fácil invadir á Andalucía ó Castilla, á la primera coyuntura. Tomarlas era pues el medio de cerrar la puerta propia y de tener siempre abierta la ajena. Otro motivo había para proceder de este modo y era el de hacer algo, pues desde que reconquistó á Portugal seis meses antes no había añadido ningún acto notable á sus precedentes hazañas. Mucho se habían encomiado sus operaciones en Inglaterra, con fundamento, si bien quizá más allá de lo justo, lo cual acontece siempre que se hace esperar demasiado á un personaje cualquiera la justicia que le es debida. Con su movilidad ordinaria ensalza la opinión súbito hasta las nubes al mismo á quien no se dignaba distinguir siquiera. Además quedaba la oposición, que en parte de buena fe y en parte por hostilidad sistemática, estaba pronta á repetir que sin duda se había podido conservar á Portugal á lo menos por cierto tiempo, mas no se pasaría de aquí, sosteniéndose en la Península una guerra ruinosa, sin resultado probable, sin resultado equivalente al terrible azar á que se hallaban expuestos de continuo, el de ser lanzados un día al mar por los franceses. No se necesitaba de una inacción larga, ni de una prolija privación de noticias significativas, para traer de nuevo á muchas personas juiciosas á esta ma-

nera de pensar de que participaron sinceramente; sobre todo no se necesitaban muchos sucesos como el último evantamiento del sitio de Badajoz. De consiguiente lord Wellington por infinidad de razones, unas militares, políticas otras, estaba obligado á señalarse con algún nuevo acto, y por tanto á tomar á Badajoz ó á Ciudad Rodrigo, dos obstáculos que le imposibilitaban toda operación ulterior de alguna importancia.

Mas no era fácil tarea, pues si se presentaba delante de Badajoz, era de presumir que aun encontrara allí á los mariscales Soult y Marmont reunidos; si se presentaba delante de Ciudad Rodrigo allí hallaría al mariscal Marmont con cuantos soldados hubiera podido allegar de los ejércitos del centro y del Norte. En ambos casos corría el riesgo de tropezar con fuerzas harto considerables para poder dar cima á un gran sitio delante de ellas, pues, según su costumbre, sólo quería combatir á golpe seguro, esto es, en posiciones defensivas casi invencibles, y con una superioridad numérica que, agregada á la buena elección de los lugares, hiciese el resultado tan cierto como puede serlo en la guerra. Sin embargo, si estaba condenado á encontrar, ora en el Mediodía, ora en el Norte, concentraciones de fuerzas superiores al ejército de que disponía, lord Wellington tenía también incontestables ventajas de su parte. El camino que se había creado dentro de las fronteras portuguesas, del Norte al Mediodía, camino que había recorrido ya tantas veces, y que bajaba de la Guardia al Espinhal, de Espinhal á Abrantes, de Abrantes á Elvas, estaba abierto con cuidado, tenía numerosos almacenes de trecho y puentes sobre el Mondego y el Tajo. Allí hacía que le siguieran cargadas de víveres seis mil mulas españolas; mandaba solo; no dependía de nadie; una orden suya bastaba para que se le obedeciese, y para darla oportunamente le asistía la ventaja, á que atribuía parte de sus triunfos, de estar informado con toda puntualidad por los españoles de los movimientos de los contrarios. Al revés los generales franceses, independientes unos de otros, situados á grandes distancias, divididos, desprovistos de todo, no informados de nada, por milagro se hallaban juntos una vez con un objeto común y el material necesario á una operación de alguna importancia. Para que el mariscal Soult recibiese el auxilio del mariscal Marmont, se necesitaba que éste, olvidando los resentimientos del ejército de Portugal, llegase precipitadamente en su ayuda, que quisiese y pudiese prestarla, y que tuviese, con especialidad en Almaraz, víveres y un puente. Para que el mariscal Marmont pudiese proteger á Ciudad Rodrigo en tiempo oportuno, se necesitaba que el jefe del ejército del Norte quisiera ayudarle á ello, que con esta mira se aviniese á dejar la persecución de las bandas, á reunir doce ó quince mil hombres en un solo punto, á descuidar por tanto la mayor parte de los otros y á preparar con esta previsión vastos almacenes en Salamanca, ó bien que el ejército del centro, que apenas tenía con qué guardar á Toledo, Madrid y Guadalajara, descuidase uno de esos puntos tan importantes para la salvación de otro que no le estaba confiado, y finalmente que, sin celos uno de otro, marchasen estos diversos generales sobre Ciudad Rodrigo. Y aun cuando quisiesen y pudiesen todo esto, forzoso era que conociesen con oportunidad los movimientos del enemigo

que originaran estas concentraciones de fuerzas. Mucho les había recomendado Napoleón que se socorrieran mutuamente, si bien, no pudiendo prever los casos, se lo prescribiese de un modo general tan sólo, y ya se ha visto cómo ejecutaban las órdenes más terminantes, expedidas para un caso determinado y urgente. Así no era imposible á lord Wellington, haciendo sus aprestos á la callada y ocultando hábilmente sus movimientos, hallar un espacio de veinticinco ó treinta días para emprender un grande sitio y darle cima antes que los franceses llegasen á socorrer la plaza asediada. En esta eventualidad fundaba lord Wellington sus planes de operaciones para el otoño de 1811 y el invierno de 1811 á 1812.

Por de pronto, hallándose sus soldados algo desanimados de resultas de la resistencia de Badajoz, quiso cambiar el objeto á que se habían de dirigir sus esfuerzos, y pensó por esta razón en ir sobre Ciudad Rodrigo. Además había reparado muy juiciosamente que, al subir el mariscal Marmont de Navalmaral á Salamanca para socorrer á Ciudad Rodrigo, tenía menos probabilidades de que se le unieran fuerzas suficientes que al bajar á Extremadura para socorrer á Badajoz, pues en este último caso siempre estaba seguro de hallar allí al mariscal Soult disponiendo de muchos más medios que el mariscal Bessieres en Castilla, y teniendo en defender á Badajoz un interés personal de primera clase. De consiguiente valía más tentar una empresa sobre Ciudad Rodrigo que sobre Badajoz: sólo existía una dificultad por este lado, y era no tener parque de sitio, ni lugar cerrado para guardarlo, lo cual hacía que lord Wellington no se consolase de haber visto á Almeida destruida por los franceses casi ante sus ojos. Al revés para el ataque de Badajoz, poseía dos vastos almacenes cerrados, primeramente Abrantes, adonde la marina inglesa había llevado un inmenso material por agua, y después Elvas, á donde se iba desde Abrantes por un buen camino, y donde se podía poner en seguridad todo el aparato de un gran sitio.

Con todo, no doblándose ante esta dificultad, hizo trasladar lord Wellington secretamente á las inmediaciones de Ciudad Rodrigo un parque de artillería de grueso calibre, enviando pieza tras pieza, y seguidamente tuvo la precaución de esconderlo en muchos lugares. Además llevó sucesivamente sus divisiones todas á la alta Beira, exceptuando no más que la del general Hill, dejada en observación junto al Guadiana, y acampó sus tropas detrás del Águeda, encargando al partidario don Julián de apretar por hambre á Ciudad Rodrigo con incansantes correrías por los campos del contorno.

Mejor informado esta vez el mariscal Marmont que lo estábamos habitualmente acerca de los movimientos del enemigo, supo hacia fines de agosto ó principios de septiembre la mudanza de posición del ejército inglés, y recibió del general Reynaud, jefe en Ciudad Rodrigo, el aviso de que la plaza iba á ser reducida á las últimas extremidades; que la guarnición puesta ya á media ración no tendría carne más que hasta el 15 de septiembre, pan hasta el 25, y que pasado este plazo no podría menos de rendirse. Con aviso semejante no se podía perder tiempo. Al ejército de Portugal tocaba entonces avituallar á Ciudad Rodrigo. Se puso de acuerdo el mariscal Marmont con el general Dorsenne, que acaba-

ba de relevar al duque de Istria, llamado á París, y quedó convenido que este general prepararía un fuerte convoy de víveres en las cercanías de Salamanca y se trasladaría allí con parte de sus tropas, y que el mariscal Marmont se alejaría de las orillas del Tajo, repararía el Guadarrama por el puerto de Baños ó de Perales y bajaría á Salamanca, para concurrir al avituallamiento de Ciudad Rodrigo, sucediera lo que sucediere.

Estos acuerdos bien entendidos fueron exactamente observados. El mariscal Marmont concentró sus divisiones y las hizo pasar sucesivamente el Guadarrama. Todas seis quiso llevarlas hacia Ciudad Rodrigo, lo cual le hubiera proporcionado más de treinta mil hombres, habiendo vuelto á ingresar en su cuerpo una parte de sus enfermos y sus heridos. Mas para esto hubiera sido necesario que José le enviara una división del ejército del centro, á fin de guardar el establecimiento del ejército de Portugal entre el Tietar y el Tajo, cosa que este príncipe no pudiera hacer sino molestándose mucho, y descubriendo la capital por el lado de Guadalajara ó de la Mancha.

No atreviéndose José á esto, hubo de dejar el mariscal Marmont junto al Tajo una división entera para custodiar sus depósitos y sus puentes, y destinó á este cuidado la que fué situada sobre el camino de Trujillo en observación hacia la parte de Extremadura. Con las otras cinco pasó el Guadarrama, y á principios de septiembre hallóse en las cercanías de Salamanca á la cabeza de veintiséis mil combatientes. Por su parte el general Dorsenne se trasladó á Astorga con quince mil hombres de excelentes tropas, incluyendo la joven guardia, y una de las divisiones de reserva, llegada á la Península recientemente. Sobre todo la caballería era soberbia. Al paso halló un número casi igual de insurgentes gallegos, mandados por el general español Abadía, empujados hacia adelante hasta Villafranca, les cogió ó les mató algunos hombres, y de seguida torció á la izquierda sobre Zamora y Salamanca.

Reuniéronse los dos ejércitos del Norte y de Portugal el 20 de septiembre. Se hallaban en buen estado uno y otro, perfectamente descansados, provistos del material necesario, y contaban por lo menos seis mil soldados de la mejor caballería. Su efectivo total pasaba de cuarenta mil hombres. El ejército inglés, puntualísimamente informado como de costumbre, no esperaba tan pronta y grande concentración de fuerzas. Casi era tan numeroso como el ejército francés, pero devorado por enfermedades, no se hallaba de ningún modo preparado á una batalla, diseminado en acantonamientos distantes hasta el extremo de que la división ligera de Crawford se hallaba delante del Águeda ocupada en el bloqueo de Ciudad Rodrigo, mientras el grueso del ejército estaba mucho más allá de este riachuelo. Además el efectivo total de lord Wellington no constaba más que de veinticinco mil hombres de tropas inglesas, componiéndose el resto de portugueses.

Si los generales franceses se esmeraran en adquirir informes, hubieran debido conocer estos hechos y aprovecharlos para descargar sobre el general inglés un golpe decisivo, que hasta entonces pudo evitar por su buena fortuna, no menos que por su prudencia. Informados ó no informados debieran pensar que podían encontrarse con el ejército inglés á cada hora, reunido